

INTERNACIONAL

Golpe en Egipto

Una multitud islamista toma El Cairo en apoyo a Morsi

Los partidarios de los Hermanos Musulmanes se niegan a reconocer al nuevo Gobierno nacido del golpe militar

DAVID ALANDETE
El Cairo

"No vamos a ningún sitio". Fue uno de los lemas que gritaron ayer decenas de miles de partidarios del presidente depuesto de Egipto, Mohamed Morsi, quienes se concentraron en las calles de El Cairo con un mensaje claro al Ejército y a quienes ahora controlan el país. No van a participar en el juego político que el de los Hermanos Musulmanes. Con su presencia en las calles quisieron demostrar ayer al resto de la nación que no son solo unos cientos de personas, sino una legión, que no puede ser ignorada. Harán lo que esté en su mano, dijeron, para devolver a Morsi al poder y demostrarle al mundo que los militares les han robado la legitimidad ganada en las urnas.

La multitudinaria concentración de ayer fue en cierto modo una amenaza. Si pueden hacer del país un lugar ingobernable, estos islamistas lo harán, como hicieron los opositores de Morsi en los meses previos al golpe de Estado. A El Cairo llegaron miles de islamistas de otras regiones del país a protestar en varios puntos de la capital, como Giza o Ciudad Nasser, donde han acampado los partidarios de los Hermanos Musulmanes. "No a Sisi, sí a Morsi", se leía en lemas impresos sobre la bandera de Egipto. Abdel Fatah al Sisi es su postista negra, el general elegido por Morsi como comandante de las Fuerzas Ar-

madas que orquestó el golpe del 3 de julio. "Egipto es islamista, no secular", se escuchaba en un himno que han compuesto partidarios de Morsi en los pasados días.

"Todas las opciones, absolutamente todas, siguen sobre la mesa", decía ayer Essam el Erian, vicepresidente del partido Libertad y Justicia y uno de los líderes de los Hermanos Musulmanes. "Estamos muy lejos de ver el final. Pronto veremos cómo las ratas comienzan a abandonar un barco que se hunde".

"Estamos muy lejos de ver el final", dice un líder de la hermandad

Hay al menos dos Egiptos que no se hablan y no se entienden entre ellos

de", añadió, en referencia al nuevo Gobierno de transición. El primer ministro interino, Hazem el Beblawi, ha dicho que ofrecerá puestos ministeriales a líderes de la hermandad. "Es una oferta sin validez. ¿Quién eligió a este primer ministro? No fueron las urnas", añadió El Erian.

Sobre El Erian pende una orden de arresto dictada por la fiscalía, que le investiga, junto a otros líderes de la hermandad, por posible incitación a la vio-

lencia en una carga policial y militar en la que murieron, el lunes pasado, 55 islamistas a las puertas del cuartel de la Guardia Republicana en El Cairo. Allí, según varios líderes de la hermandad, sigue detenido Morsi. Ayer, la Casa Blanca, que se ha resistido a calificar lo ocurrido en Egipto de golpe de Estado, pidió públicamente a los militares que liberen al expresidente.

En la mezquita de Raba al Adawiya de Ciudad Nasser, centro en el que se han refugiado los Hermanos Musulmanes, se veía, sobre todo, confusión. Había manifestantes, como Moahmed Abdel Aziz Farrag, de 55 años, que clamaban por el islam y la guerra santa. "Los musulmanes debemos defender el islam. Y estamos aquí reunidos por el islam, con la voluntad y la disposición, si es necesario y dios así lo quiere, de ser mártires", dijo. Otros, como Islam Monem, de 42 años, hablaban de desobediencia civil y pacifismo. "Esto no tiene solo que ver con Morsi, los Hermanos Musulmanes o el islam. Tiene que ver con que hayan dado un golpe de Estado, con las urnas y la democracia", explicó.

Ayer quedó claro que hay dos Egiptos que no se hablan y no se entienden entre ellos. El movimiento juvenil Tamarod (en árabe, Rebélate), que convocó las marchas antes del golpe a las que acudieron al menos 17 millones de personas, invitó anoche a sus simpatizantes a romper el ayuno del primer viernes Ramadán con grandes concentraciones de apoyo a la deposición de



Miles de seguidores del depuesto presidente Morsi se concentran a la hora del rezo en la plaza Raba Adawiya de El Cairo. / LOUAFI LABBI (REUTERS)

Morsi. Como muestra de que muchos egipcios ya miran al futuro y anhelan recuperar la normalidad, solo lograron reunir a unos pocos miles de personas en la plaza de Tahrir. Con Morsi depuesto, muchos creen que poco hay que exigir.

No todos los miembros de Tamarod piensan así. "Hicimos caer a [Hosni] Mubarak. Morsi nos pareció cosa fácil, y aquí presionaremos al nuevo gobierno y a los militares hasta que haya democracia plena", dijo Mohamed Nabwi, de 29 años, uno de los fundadores de Tamarod. En suma: quieren seguir sacando músculo hasta que de verdad haya elecciones y un nuevo gobierno acceda al poder. "Hasta entonces estaremos en las calles".

La catástrofe egipcia

SAMI
NAÏR



Es un golpe de Estado y nada lo puede difrizar de acto democrático. Los militares egipcios llevaban organizando este golpe desde hace meses; habían trabajado mucho para lograr presentarse como los héroes de la nación, aprovechando las manifestaciones de la ciudadanía egipcia contra la política aberrante del presidente electo Mohamed Morsi. Estos últimos meses, los militares participaron en la represión tanto en contra de los manifestantes islamistas como de los laicos; fomentaron activamente las penurias de agua y de electricidad y, en complicidad con la policía y los servicios secretos, no hicieron nada para evitar los enfrentamientos entre civiles. Esperaban, emboscados, la radicalización de la protesta y tras la inmensa manifestación del 30 de junio en contra de Morsi pasaron a la acción. Desde el golpe de Estado han matado a decenas de manifestantes, y van

a seguir, instaurando así un nuevo sistema autoritario en el país.

Por su parte, los Hermanos Musulmanes no están libres de culpa. Llegados al poder, intentaron islamizar las instituciones republicanas del país, imponer una dictadura, blanda pero real, en contra de los demás partidos, monopolizar los puestos más importantes, y algunos no dudaron en aprovecharse del dinero público sin hacer nada para aliviar las horribles condiciones de vida de los más humildes. De hecho, gobernaron al estilo de los dos últimos faraones, Mubarak y El Sadat. Pero ni el primero ni el segundo se atrevieron, conociendo la potencia de la tradición estatal egipcia, a firmar el decreto que se otorgó a sí mismo Mohamed Morsi, pretendiendo dirigir el aparato judicial! Además, los islamistas incitaron al odio hacia las mujeres no veladas, no hicieron nada contra los violadores e incluso animaron a estos bárbaros a cometer sus crímenes para "limpiar" el espacio público de toda presencia femenina. Estaban abriendo vía a un fascismo religioso ultraconservador. ¡Y todo ello sin haber desempeñado ningún papel en la revolución que derrocó a Mubarak! Por otra parte, el partido salafista Nur, más fanático y repulsado por no haber podido conseguir una islamización rápida y radical del poder político, se levantó contra ellos y no dudó en aliarse con los militares

y los laicos para combatirlos, lo que dice mucho sobre la increíble confusión que domina el campo político egipcio. La realidad es que la regresión religiosa que afecta a este país es una grave amenaza para la transición democrática.

Pero los Hermanos Musulmanes habían ganado las elecciones, si bien con un margen muy estrecho y una tasa de abstención que superaba la mitad de los 88 millones de egipcios. En una democracia clásica, este resultado normalmente habría llevado al vencedor a mostrar un perfil mo-

Los militares esperaron emboscados a que se radicalizara la protesta en los últimos meses

desto y a compartir el poder con sus adversarios para gobernar. Por el contrario, la incompetencia y la voracidad de los islamistas por adquirir privilegios les llevó a comportarse como los misionarios divinos de su ideología arcaica y autoritaria.

Frente a ellos, los partidos de la oposición laica y liberal, reagrupados en el Frente de Salvación Nacional, también han demostrado divisiones y debilidades.

No han sabido organizarse a través de un programa social movilizador; la batalla interna, además de las rivalidades personales, se hace ahora a tres bandas: los partidarios del régimen derrocado de Mubarak, los remanentes del régimen de Nasser, bastante dogmáticos, y los nuevos actores de la sociedad civil, muy divididos. No es casualidad que la inmensa movilización que culminó el 30 de junio haya sido resultado de la iniciativa de jóvenes revolucionarios, libres de pertenencia política, auto-organizados en un grupo llamado Tamarod (rebelión).

El golpe de Estado no soluciona nada, es más, va a radicalizar estos conflictos; los militares no podrán imponer una dictadura porque hay una revolución en curso. Lo peor que podría ocurrir sería una alianza, frente a la represión, entre los salafistas del partido Nur y los Hermanos Musulmanes. En ese caso, probablemente nos encontraríamos ante una guerra civil comparable a la de Argelia (1991-2000). Sería una situación dramática para el pueblo egipcio y la estabilidad en toda la región. La otra vía es sencilla: que los militares devuelvan el poder al pueblo con elecciones legislativas rápidas y que los islamistas acepten la constitución de un gobierno de unidad nacional en torno a un programa de salvación pública. Pero hoy, nada es menos seguro que esta vía de la razón.